

eliminación. Construimos hospitales para los tontos, los desvalidos y enfermos; promulgamos leyes para aliviar la indigencia; nuestros médicos agotan los recursos de su ciencia para conservar hasta el último extremo la vida de los enfermos. Motivos nos sobran para presumir que la vacuna ha conservado millares de individuos, que, por su constitución endeble, hubieran en otro tiempo sucumbido de viruelas. De este modo, en las sociedades civilizadas consiguen los miembros débiles conservar su raza. Ahora bien: cualquiera que haya estudiado un poco la cría y reproducción de los animales domésticos, comprende sin vacilar lo nociva que ha de ser para la raza humana la conservación y propagación de los miembros inferiores. Prácticamente, nos hemos asombrado al observar cómo la falta de cuidados, ó solamente los cuidados mal dirigidos, pueden producir rápida degeneración en una raza doméstica; y nadie, excepto en los casos en que se trata del hombre mismo, es tan torpe e ignorante que consienta la reproducción de sus peores animales»¹.

«El admirable trabajo de selección y eliminación que se opera en todas las especies, tendría del mismo modo lugar en la especie humana, si preocupaciones tan necias como inveteradas no vinieran á contrarrestarlo entre los hombres. Desaparezcan las malhadadas instituciones que en la vida social tienen por objeto la conservación artificial de los miembros más débiles; y la humanidad, viviendo bajo las mismas leyes que las demás especies, se depurará también sin cesar. Con la lucha por la existencia sólo podrían sobrevivir los mejores; los otros se eliminarían, sin dejar esa posteridad funesta de seres malélicos, contagiados por todo género de enfermedades físicas y morales, gérmen de las miserias y crímenes sin cuento que pesan sobre las sociedades humanas. Legisladores, dejad que elimine la muerte lo que debe eliminar. Filántropos, no prestéis ayuda á ese triste residuo de la humanidad, tan funesto para el mejoramiento de la especie. Cuidad todos, por todos los medios, que no se efectúen en las clases inferiores esos enlaces de fecundidad tan prodigiosa, mientras proporcionalmente se muestran tan estériles los matrimonios de las clases superiores. Tened presente que viven entre nosotros multitud de seres, que sólo tie-

¹ DARWIN, *Descendencia del hombre*, t. I, p. 181.

nen del hombre la forma humana del cuerpo, y á quienes por la inferioridad originaria de su estirpe había condenado la naturaleza á desaparecer sin remedio en los combates de la lucha por la existencia. Si, contrariando las leyes de la naturaleza, venís en ayuda de estos seres, sabed que preparáis para los vuestros desastrosa decadencia. Conservando las existencias inútiles hacéis inevitable para vuestra descendencia una verdadera invasión de bárbaros, cuyas muchedumbres brutales se engendraron con vuestra ayuda en el propio suelo de la patria.»

¡Hermosa moral! En mal hora vino el cristianismo á lanzar anatemas contra el infanticidio, y condenar la esclavitud, y declarar á los hombres hermanos en Cristo, y ensalzar la caridad por cima de todas las virtudes. El mundo antiguo conocía mejor que los siglos cristianos las leyes biológicas de la moral. Aquella sociedad, edificada sobre la institución de la esclavitud, daba muestras de tener penetración mayor que los modernos de la inferioridad originaria de algunas castas humanas. Aquella sociedad, que no conocía ni hospitales, ni asilos, ni ninguna otra de las instituciones de caridad que ha levantado el espíritu cristiano para socorro del desvalido y necesitado, y amparo de la humanidad miserable y doliente; aquella sociedad, que abandonaba, vendía, ahogaba ó despedía por el Taigeto al niño contrahecho, practicaba mejor que las sociedades actuales las leyes del progreso humano, pues cumplía por misterioso presentimiento la ley suprema de la eliminación de los inferiores de cada especie que Darwin había de revelar á la humanidad. De hoy en adelante, sepan las madres que en pró de la humanidad, en pró del progreso, deben acabar con los chicos que nazcan feos y tontos; sepan los legisladores que deben acabar con los jorobados y lisiados, y exterminar á las razas inferiores, á fin de que no inficionen con su mezcla nuestra sangre más ilustre, y deterioren nuestro organismo más perfecto. Esa es la ley de la naturaleza, á que está sujeta la bestia humana como las demás; esa la ley á que está condenado el hombre para alcanzar el progreso por medio de la evolución. Darwin, estudiando en los tres reinos el drama gigantesco de la vida y de la muerte, desde que la forma única, matriz de las demás, vagaba perdida en el caos increado; analizando con fantasía creadora la materia prima informada en monos, peces y aves, ha descubierto este secreto en las entrañas

de la naturaleza, y á nombre de la ciencia, lo presenta á los legisladores para que en él inspiren sus códigos. Moral, derecho, religion, matrimonio, familia, propiedad, vida social y política, todo debe edificarse con arreglo á este principio supremo. Cuando la legislación se haga moral y científica, es decir, darwinista, por no decir evolucionista, como es de esperar que lo sea algun día; cuando se comprendan mejor los principios biológicos de la reproducción y del hereditarismo, no veremos ya á legisladores ignorantes rechazar con desprecio el sistema que ha de producir de un modo cierto el mejoramiento y bienestar de los humanos, y que consiste no más que en unir con prevision científica los sexos de la pareja humana¹. El porvenir de la humanidad estará entonces asegurado. El procedimiento, como se ve, no puede ser más sencillo: en su misma admirable sencillez se descubre la mano de la sábia naturaleza.

Grandes títulos tiene ya el glorioso siglo décimonono para ocupar puesto preeminente en la historia del progreso humano; pero aunque sus maravillosos descubrimientos en el órden científico no le hubieran rodeado de una aureola de gloria inmortal, la posteridad no olvidará jamás que, así como fué en política el inventor de los ingeniosos sistemas para que los reyes reinen y no gobiernen, y en su seno los ruidos de las orquestas de Wagner preludiaron la música del porvenir, él también dió á luz los dos tomos inmortales de Darwin sobre *La descendencia del hombre*, base de la legislación de las edades venideras. La historia no olvidará que, entre los truenos y relámpagos del Sinaí de las revoluciones de nuestro siglo, el nuevo Moisés de las edades futuras escribió las tablas de la ley suprema del mundo y de la naturaleza. La posteridad agradecida lo ha de llamar con justicia el siglo de Darwin. Esto se entiende que no lo decimos nosotros; lo dicen los amigos de Darwin, que nada ménos que en publicaciones que aspiran á pasar por tan sesudas y graves como la *Revista de Ambos Mundos*, se atreven á proclamar á su ídolo, no sólo como un genio de primer órden, únicamente comparable con Newton ó Galileo, sino á llamarlo también *el Moisés de las ciencias naturales*².

Sin embargo, antes de decidírnos á seguir la nueva ley de los

¹ Darwin, *La descendencia del hombre*, t. II, conclusion, p. 494.

² Ch. MARTIN, *Revue des Deux Mondes*, 15 de Setiembre de 1871.

profetas, y mientras los legisladores, para bien de la humanidad, se preparan á inspirar sus códigos en la revelación darwiniana, debiera explicarnos la escuela qué diferencia hay entre este nuevo dogma de la moral y la envejecida doctrina que hace más de veinte siglos resumía Carneades, diciendo que «la primera ley del mundo y de la naturaleza es aquella por la cual el más débil y el más pobre está á merced del más fuerte y del más rico». Bien sé que á esto contestarán los discípulos de Darwin, que el fundador de la Tercera Academia, por más que fuera gran filósofo, no tenía los profundos conocimientos en ciencias naturales que distinguen á Darwin; ni sospechaba la inmensa trascendencia de la ley de la seleccion sexual; ni siquiera había caído en la cuenta de la peregrina contradicción en que incurre el hombre «estudiando con el mayor esmero los caracteres y la genealogía de sus caballos y de sus perros, y demás animales domésticos, antes de aparejar los sexos, y no tomando en cambio nunca, ó casi nunca, iguales precauciones cuando se trata de su propio matrimonio»¹; ni había, en fin, vislumbrado tampoco los vastísimos proyectos de reforma humana que traza Darwin como consecuencia de sus principios de legislación sobre el matrimonio. Ciertamente que en todo ello les sobrara razon; pero todo esto no hace sino dar mayor realce al penetrante ingenio de Carneades, que sin necesidad de tan vastas lucubraciones por el terreno de las ciencias naturales, sin necesidad de disertar sobre los salvajes, ni de hacer la anatomía del cuerpo humano, para hallar en nuestros miembros las huellas indelebiles de la organizacion cuadrumaná de nuestros antepasados irracionales, supo, no obstante, formular la ley primera del mundo y de la naturaleza, con tal precision, que dos mil años despues la sabiduría humana, al exponer las leyes del mundo y las etapas de la generacion de las especies, no acertara sino á reproducir al pié de la letra la sentencia de aquel ilustre filósofo.

Por lo demás, fácilmente podrian estudiarse en la historia los resultados prácticos de esta moral en la misma institucion del matrimonio, que el darwinismo mira con especial predileccion, declarando que de ella depende que se cumpla ó no para la humanidad el ideal evolutivo. Licurgo, como lo desea Darwin, buscó ante todo en la institucion del matrimonio la procreacion de una raza

¹ Darwin, t. II, conclusion.

bien formada, vigorosa y atlética. Con especial esmero cuidó que en su república no hubiera ni jorobados, ni contrahechos, ni pusilánimes, ni cobardes, ni pobres, ni ricos. Allí no se verificaban matrimonios prematuros; los niños contrahechos eran arrojados por el Taigeto; los cónyuges, para tener hermosa descendencia, adornaban su estancia con los retratos de Cástor y Pólux, de Jacinto y Apolo, que les recordaban sin cesar el tipo ideal de la belleza humana. «Dadnos alma sana en cuerpo sano», era la plegaria principal que dirigían los espartanos á los dioses. Al rey Arquidamo se le imponía una multa porque casaba con mujer pequeña. Anaxandrias tenía que repudiar á su primera esposa para tener hijos con otra. El que no procreaba hijos, ó no tenía esperanzas de procrearlos más robustos, entregaba su mujer á algún jóven vigoroso y bien formado. Por las calles de la ciudad era gran distraccion de los muchachos y juego inocente de la infancia agolparse detrás de los célibes, haciéndoles burla y persiguiéndoles con crueles rechiflas. Esparta, ajena á nuestras preocupaciones de nécia filantropía, no procuraba contener, como nosotros, la marcha de la eliminacion de los individuos inferiores construyendo hospitales para los tontos, enfermos y desvalidos, seres que el darwinismo condena sin compasion, como destinados por la misma naturaleza á completa eliminacion por causa de su inferioridad originaria. Por el contrario, para evitar la invasion de bárbaros que teme el darwinismo, si los incapaces llegaran á superar á los capaces, los sábios y previsores lacedemonios disponian cacerías contra los ilotas en cuanto se multiplicaban éstos en número excesivo. Con tales medios consiguió el legislador que se formara en Lacedemonia una raza tan hermosa y valiente, que de haber tenido más larga vida aquella república, sus robustos hijos acabaran probablemente por constituir una especie nueva y la más hermosa del reino animal. Las espartanas veían tan espléndida y vigorosa á su prole, que exclamaban con justa vanagloria: «Somos las únicas que engendramos hombres».

Sabemos cómo degeneró, sin embargo, aquella raza y vino á horrenda barbárie; sabemos cómo acabó el Estado espartano en medio de la más espantosa disolucion. Sin duda, por ser la escuela darwiniana más aficionada al estudio de los tiempos prehistóricos que á recoger la experiencia de los sucesos humanos en épocas de

mayor certidumbre para la historia, no ha tenido presente al sentar su doctrina el ejemplo de Esparta. De otro modo, es de presumir que, con la experiencia del triste resultado que allí dieron doctrinas parecidas á las que ahora quieren aplicar al matrimonio á nombre del mejoramiento humano por la seleccion sexual, ni Darwin, ni Spencer, ni la cohorte de sus sectarios, se atreverían á exigir de los legisladores que apliquen al matrimonio las mismas reglas que observan los ganaderos en las yegüadas. Si estudiaran mejor la historia, y observaran lo que pasa en las sociedades humanas, no pensarían seguramente tales sábios en «excluir del lazo conyugal á los individuos de constitucion enfermiza ó cuerpo contrahecho, á los de ingéño pobre, á los imprevisores, á los necesitados, y á todos aquéllos, en fin, que no pueden evitar para sus descendientes, ó una pobreza abyecta, ó enfermedades y miserias hereditarias, y que si se les dejara multiplicarse libremente formarían dentro de pocas generaciones compactas muchedumbres de imbéciles, perezosos, criminales, enfermizos y hambrientos, que por la superioridad del número acabarían suplantando á los miembros superiores y haciéndonos retroceder á la barbárie». Fácil es protestar en los libros contra las uniones que no han de engendrar sino criaturas enfermizas, pobres, tontos ó locos; fácil es declamar pidiendo á la ley que no consienta ningun matrimonio mientras los que lo vayan á contraer no justifiquen tener una congrua sustentacion para sí y para sus hijos; pero, ¿qué persona medianamente sensata, y con algun conocimiento práctico de las instituciones humanas, no comprende que tan sapientísimas teorías están edificadas en el mundo de la utópia, y que en la vida real no pueden producir sino horribles despotismos?

Y terminamos este estudio, ya sobrado largo, preguntándonos: ¿cuál es el destino humano segun la escuela de la evolucion?

Supongamos llegados los tiempos apocalípticos tal como los concibe la escuela. Ha pasado sobre la humanidad gigantesca série de siglos, que la imaginacion apenas acierta á concebir, y por la consumacion de los siglos de los siglos hemos llegado á la plenitud de los tiempos del desarrollo de las especies en la tierra. Con este prodigioso trascurso de las edades, la humanidad, por la seleccion sexual y por la eliminacion constante de las inferioridades de su especie en la lucha de la existencia, ha tenido lugar de alcanzar la

última y suprema evolucion. Desaparecieron las deformidades físicas y morales, que hoy tanto abundan en nuestra especie. Ya no hay tontos, ni feos, ni jorobados, ni contrahechos. Los órganos rudimentarios (como músculos atrofiados, vellos del cuerpo, huesos inútiles, etc.), que la anatomía darwinista halla ahora en el cuerpo humano como huella indeleble de los organismos inferiores¹, quedan en estos tiempos felices de la última evolucion eliminados por completo de la estructura corpórea de los humanos; ya no se ve molestada la humanidad por la tardía detencion de las muelas de juicio, suprimidas al fin por inútiles; ya no se conocen hombres de pelo en pecho, ni hombres que muevan las orejas, ni molleras humanas con la propiedad animal de traer sobre las cejas la pelambrea que cubre los parietales y el frontal. Todos los individuos del género humano, dotados de sana y robusta complexion, reproducen en su forma externa, con ligeras modificaciones, un tipo acabado de belleza: son todos hermosos como el Apolo de Belvedere. Digamos más bien, hablando con mayor propiedad, que la estatuaria del arte clásico ha sido incapaz de vaciar y concebir un molde de belleza comparable á la de estos séres, últimos eslabones de nuestra descendencia. Y en esta raza de criaturas admirables, que aunque hijas del hombre, son tan superiores á nosotros sus abuelos como la especie humana actual es superior á la especie humana antropeide, no hay matemático que no sea un Euclides, un Arquímedes ó un Newton, ni pintor que no sea un Rafael ó un Apeles, ni músico que no sea un Bethoven, ni naturalista que no sea un Darwin, ni filósofo que no sea un Haeckel, ni político que no sea un Bagehot ó un Herbert Spencer.

Pero entonces habrán llegado tambien los tiempos en que deba cumplirse otra profecía terrible de la ciencia moderna. Se producirá el cataclismo final, de cuya realidad futura estamos hoy tan ciertos como de que ha de llegar dentro de breves años para cada uno de nosotros la hora de la muerte, ó sea de la desintegracion, segun dice Spencer. Vendrá el sol á total extincion, y se enfriarán tambien los planetas sus satélites. De la tierra, como de los demás globos de nuestro sistema planetario, se apoderará un frio de muerte, de cuyos espantosos horrores no puede hoy el hombre for-

¹ DARWIN, *Origen de las especies*, c. XIII.—*Descendencia del hombre*, t. I, c. I.

marse idea. Reducidos á montones inertes de materia inorgánica todos los individuos de la especie vegetal y animal; convertido el Oceano, desde su superficie hasta sus más profundos senos, en compacta y gigantesca mole de hielo; rígida y dura la tierra como un metal, desnuda como el aerolito, esta mansion hospitalaria, en donde se desenvolvió el drama grandioso de la vida, rodará como cuerpo muerto por los espacios, sin albergar ahora sér viviente y envuelta en tinieblas eternas. Hasta que, como á los demás planetas de nuestro sistema, le llegue su hora de precipitarse en el sol, y entonces, en medio de la explosion horrible de luz y calorífico que produzca el choque espantoso de los astros, toda la masa terrestre hecha pedazos se derrita como plomo en el crisol, y en breve tiempo se trasforme en gases y vapores diseminados por el espacio.

Y esto sucederá cuando la evolucion de las especies esté en su apogeo; cuando los hombres, robustos, sanos, hermosos y dotados todos ellos, sin excepcion, del más brillante ingenio, estén á punto de conseguir una descendencia todavia más espléndida. Los esfuerzos gigantescos de la naturaleza durante el inconmensurable trascurso de las edades para hacer surgir de unas pocas formas primitivas, quizás de una sola, los múltiples organismos de los séres, vienen, por tanto, á parar al fin á una inmensa catástrofe que, precisamente cuando es llegada la hora en que habia de producir la evolucion los organismos más admirables, destruye de pronto y anonada á un tiempo el protoplasma, la Eva celular, el mono y el hombre, y la hermosa descendencia de especies nuevas que de ellos hubieran podido surgir. De modo que el gran drama de la vida en la naturaleza, segun lo entienden estas escuelas, se reduce á recorrer en cada luminar del firmamento colosales etapas, engendrando con el proceso de los tiempos multitud maravillosa de séres diversos, dotados de organismos cada vez más admirables y perfectos, para interrumpir de pronto tan portentoso trabajo, y reducir de nuevo á la nada las especies creadas, y secar en sus más profundos manantiales los gérmenes de la vida, volviéndolo todo al no ser. La evolucion, despues de esta catástrofe final, que viene á ser desenlace siniestro de sus gigantescos trabajos, tiene que empezar de nuevo en otra parte sus lentas y laboriosas escalas. Á no ser que Darwin ó Herbert Spencer, ó alguno de sus discípulos,

descubra un medio para que la humanidad pueda emigrar en cuerpo y alma á otro barrio del universo, probablemente á alguno de los globos de las nebulosas, cuya materia cósmica esté para entonces suficientemente aderezada para recibir á la descendencia de los humanos, y así no se malbarate el trabajo de millares de siglos de evolucion y perfeccionamiento.

Mientras los naturalistas no lleven sus adelantos científicos hasta descubrirnos el medio que hemos de emplear para hacer el viaje á otro sistema planetario, y vagar por los astros, como la luz por las estrellas, cuando nuestra tierra se convierta en inhospitabilidad é inhabitable, no le debe extrañar á Darwin que la humanidad no sienta simpatía ninguna hácia un sistema que, sin darle solución alguna para sus destinos futuros, contradice sus más altas aspiraciones. Natural es que la humanidad se pregunte si para acabar con esa catástrofe y morirnos de frío, asfixia y tinieblas, y desaparecer todos en definitiva, hombres y brutos, protoplasmas y moneras haeckelianas, en los abismos del no ser, valia la pena de poner á la naturaleza en tales gigantescas labores de evolucion, y condenarla á los dolores de tan trabajoso parto. Natural es que se pregunte si producir especies y razas hermosas, que al fin y al cabo se han de desvanecer en la nada, valia la pena de imponer á las sociedades humanas los sacrificios de una eliminación secular, y obligar á los legisladores á excluir del matrimonio á tan numerosas categorías de incapaces, y acelerar la muerte de las inferioridades de nuestra especie, y subordinar, en fin, todas las leyes humanas y divinas á que se produzcan hembras y varones hermosos. Ante esta solución, tan pobre como desconsoladora y siniestra, que el darwinismo y sus variantes científicas dan á los mayores problemas que remueve el pensamiento humano, la humanidad considera que lo más razonable y científico es desechar con horror un sistema que en los orígenes del hombre no halla más que en la bestia; y en los afectos, y en la conciencia y demás facultades de nuestra especie, los instintos de la bestia transformados por la selección sexual; y en lugar de libertad, el hombre, organismo perfeccionado de la vida animal, obedeciendo siempre, como la bestia, á los ciegos impulsos de su naturaleza; y en lugar de Providencia la integración y desintegración de los seres con arreglo á las leyes de la evolucion; y luego, al fin de toda cosa, en lu-

gar de las esperanzas consoladoras del cumplimiento de la justicia absoluta, la pavorosa perspectiva de los organismos vivientes, reducidos de nuevo á la nada en el vacío horrible de Sakia-Muni, y el espacio sin límites sembrado de soles muertos, destinados á convertirse en vapor al chocar unos con otros.

Vemos, sin embargo, á la democracia radical batir palmas con frenético ardimiento ante estas teorías, y acogéndo las con arrebatos de entusiasmo, declararse darwinista y positivista en el terreno científico. Difícil es, no obstante, que puedan darse dos doctrinas tan opuestas como lo son la escuela radical y la de la evolucion, tanto en el terreno filosófico como en el palenque de la política. El radicalismo es hoy el representante más genuino de los principios que se informaron en la revolución francesa. Más que ningún otro partido, ha permanecido fiel á las doctrinas de Rousseau y de la convención. Ni la experiencia de cien años de tragedia revolucionaria, ni los escarmientos de las más sangrientas catástrofes, pudieron conseguir que borrara ni aún siquiera uno solo de los lemas que lleva inscritos en su bandera. Racionalista recalcitrante, sólo considera legítimas las premisas y conclusiones de la razón pura. Desecha en política toda experiencia; desprecia toda tradición histórica; no admite ni transacciones con lo pasado, ni exigencias de la vida real, ni tiene tampoco en cuenta cuáles son los elementos que en cada pueblo y en cada época ellos mismos se combinan de un modo diverso y producen la verdadera distribución de las fuerzas sociales, la verdadera constitución, la fisonomía característica de cada nacionalidad. Como sus predecesores de la convención, intenta aún destruir de un golpe todos los organismos tradicionales de la vida social, y plantear también, de un golpe, en los pueblos, constituciones del todo nuevas, fantaseadas *a priori* y cimentadas no más que en el puro silogismo. Con el simple decreto revolucionario se propone contener la marcha de la historia y lanzar violentamente á las naciones por una senda del todo opuesta á sus inclinaciones y tendencias seculares. El *Contrato social* es todavía para él el texto sagrado que encierra los dogmas fundamentales de la política. Siguiendo al pie de la letra las sentencias del célebre sofista ginebrino, el radicalismo actual no se resigina á aceptar al hombre y á las sociedades humanas tal como son y viven en este mundo. Para desterrar las servidumbres y tiranías

de las repúblicas humanas, no estima suficientes las reformas lentas y graduales que traigan las mejoras que permiten los tiempos; sino que se propone fabricar repúblicas y hombres del todo nuevos, tal como él concibe que deberán ser. Y traza para ello, sin descanso, el cuadro de un hombre abstracto y de una sociedad abstracta; fantasea constituciones de universal aplicación; imagina pueblos que no se componen sino de individuos; hombres no sujetos á pasiones perversas, sino siempre buenos, razonables y perfectos, salvo el caso en que su razón esté ofuscada por preocupaciones ó supersticiones religiosas é históricas, hijas de la ignorancia, que se deben combatir sin descanso y extirparlas de raíz del seno de la república; crea hombres, en fin, que no tienen más que reunirse en comicios y expresar su voluntad por sufragio universal para ser infalibles y producir leyes perfectas y gobiernos de inaudita sabiduría. Razonando sobre estas premisas imaginarias, la democracia radical deduce los dogmas políticos que todos conocemos, y con los cuales, por procedimiento geométrico, se ha de construir todo el edificio social. En una palabra: la escuela radical es hoy, por excelencia, la secta de los principios absolutos y de la metafísica política sistemática é implacable, que no admite como elementos de la especulación teórica ninguna de las circunstancias de tiempo y lugar. Sus teoremas políticos son absolutos como las proposiciones de Euclides, y generales como las verdades de las ciencias físicas. Ella resuelve proyectos de gobierno y fantasea instituciones representativas, que lo mismo se pueden aplicar á las naciones europeas que á las tribus de las islas Fidji y á las hordas de la cafería y de la Hotentocia; ella se desvive hoy como nadie por hallar solución metafísica al clásico problema de la mejor forma de gobierno, problema tan insoluble y ocioso para la política como lo es la cuadratura del círculo y el movimiento perpétuo en las ciencias matemáticas. Rebuscadora de estados idealmente perfectos, la escuela radical, en fin, por razonamientos *à priori*, ha creído descubrir que la democracia es la forma más perfecta de gobierno, y está dispuesta á plantearla lo mismo en Francia que en Turquía, en Caledonia y en el Tombucku, lo mismo que en los Estados-Unidos del Norte-América.

¿Puede darse nada más contrario á los principios positivistas de la evolución?

Si: el radicalismo no reconoce otro procedimiento teórico que el razonamiento abstracto, ni quiere otro procedimiento práctico en la vida real que el procedimiento revolucionario, el planteamiento de instituciones nuevas en los pueblos, sin tener para nada en cuenta el tiempo y la tradición. La escuela de la evolución, por el contrario, no admite para la investigación científica otro procedimiento que el método experimental; ni acepta tampoco en la vida real otro medio de perfeccionamiento que una lenta é insensible progresión en todos los organismos, en el organismo animal como en los organismos sociales y políticos. No concibe que esta evolución se pueda realizar de un modo eficaz si no tiene por primeros factores el tiempo y el hereditario; es decir, que no puede fundarse en bruscos sacudimientos ó en improvisaciones artificiales de estéril violencia, como son los que producen las revoluciones: necesita, por el contrario, una marcha y desarrollo incesante y gradual, sin la menor solución de continuidad; de modo que al formarse el nuevo organismo por modificación del anterior sea imposible de todo punto apreciar en qué momento y de qué modo se formó. La doctrina de la evolución juzga, en fin, tan insensato en política destruir las instituciones antiguas para establecer otras nuevas antes de hallarse del todo formadas y viables las que han de ponerse en su lugar, como insensato sería en el naturalista arrancar al anfibio sus agallas de pez antes de que tuviera pulmones del todo desenvueltos. En una palabra: *evolución* es lo contrario de *revolución*.

El radicalismo proclama los derechos del hombre inalienables, imprescriptibles, anteriores y superiores á todo convenio humano, inviolables y absolutos, independientes del estado social, debiendo, por tanto, el legislador interpretarlos del mismo modo en todo tiempo y por todas las regiones que habiten los humanos. Consecuente á tales principios, la escuela, secta ó partido radical (cualquiera que sea el nombre que más le convenga), se convierte en partido revolucionario cosmopolita, reclamador universal de los derechos del hombre y de la soberanía democrática, é invocando estos principios absolutos y de universal aplicación por donde quiera derrumba soberanías y trastorna imperios.

Sabido es con qué soberano desprecio la escuela de la evolución mira tales doctrinas, que califica de patrañas metafísicas.

Para ella nada hay en el derecho que pueda decirse absoluto; según su criterio, todo, por el contrario, es en él relativo. Justicia y conciencia no representan en el hombre sino los instintos animales transformados, y tienen, por tanto, que estar sujetos á los grados diversos de cultura y diversamente interpretados en los diferentes períodos de la evolución humana. El positivismo de las leyes biológicas resulta, pues, inconciliable con la metafísica de los derechos absolutos.

En las páginas que preceden hemos tenido ocasión de apreciar cuál es el juicio que la escuela de la evolución forma de las demás doctrinas democráticas. La igualdad democrática no significa para ella sino una idea subversiva de todo orden social, con la cual tribunos desalmados intentan perpetuar la anarquía excitando las pasiones de las clases inferiores. El hereditarismo demuestra la justicia y necesidad de las categorías sociales. Á la raza más perfecta producida por la selección sexual pertenece de derecho el dominio sobre las demás. El sufragio universal, ó sea la soberanía del número, es otra invención anárquica de las demagogías, que no conduce sino á la opresión brutal de los capaces por los incapaces. Si algún día prevalecen estas ilusiones democráticas habremos retrocedido de nuevo á tiempos de la más horrible barbarie.

Tal es la reprobación cruel que la moderna escuela de la evolución lanza contra los dogmas democráticos. Inútil fuera comprobar aquí más por extenso la discordancia completa que reina entre las dos doctrinas. Seguramente que el radicalismo democrático habrá recibido en nuestros tiempos pocas investidas tan irónicas y sangrientas como las que le dirige Herbert Spencer en algunas páginas de su *Introducción á la ciencia social*.

¿Cómo explicarse, pues, el singular cariño que el radicalismo profesa á las escuelas evolucionistas? ¿Qué significado dar á los pataleos de entusiasmo con que se arrebató la democracia radical cada vez que oye exponer aquellas teorías científicas? ¿Por qué extraños procedimientos se armonizan en no pocas cabezas las doctrinas más opuestas, y abundan ahora tribunos ardientes, que proclaman por un lado en la plaza pública los derechos del hombre con sus consabidos epítetos, y al mismo tiempo en las discusiones científicas se declaran partidarios no ménos ardientes de las soluciones del positivismo y de la evolución? Y ya sabemos cómo lo

declarado y resuelto por decisión dogmática de los jefes, las disciplinadas muchedumbres del partido radical lo recibieron con docilidad asombrosa en su credo político. ¿Será explicación de tan extrañas contradicciones el que los hombres, en su mayor parte, profesan opiniones y creencias sin conciencia de lo que ellas significan, y cuanta menor cuenta se dan de los principios de su secta, tanto más frenéticos sectarios se muestran? Plausible puede ser explicación semejante aplicada á las muchedumbres del radicalismo; pues sabido es que la masas humanas levantan sus ídolos sin saber ni lo que quieren ni á dónde van, é impulsadas sólo por los furoros supersticiosos de su idolatría se degüellan sin compasión unas á otras al pié de los altares de estos dioses maléficos. Pero no puede decirse lo propio de los jefes que dirigen esas turbas. No sería justo suponer en ellos tanta ignorancia y barbarie de buena fé. Tienen sobrado bien acreditada su habilidad en repetidas ocasiones para presumir que pecan de incáutos y tontos, y que, sin saber ni lo que se dicen ni lo que se hacen, víctimas de artificiosas ilusiones, ellos mismos se engañan sobre el camino que llevan. Al dar tal consigna á los suyos, lo hacen, por el contrario, con exacta cuenta y razón de lo que su partido representa.

El radicalismo, en efecto, más es quizás partido antireligioso que partido político¹; de aquí que, por lo que tienen de antireli-

¹ No es éste lugar á propósito para desenvolver más por extenso la afirmación que sentamos en el texto. Fácil fuera, por lo demás, dar sobre ella pruebas detalladas en demostración de que las pasiones que ahora agitan al radicalismo son principalmente las pasiones volterrianas, mezcladas en parte con las huecas y superficiales declamaciones del *Contrato social* y demás teoremas políticos del sofista ginebrino. Pero Voltaire, que desahogaba tanta hiel contra la religión, y profecía contra Cristo imprecaciones y sarcasmos tan obscenos, no tenía para los reyes sino viles lisonjas de cortesano. Voltaire fué un demoleedor religioso, no un reformista político. Impugnó con energía los vicios y abusos del antiguo régimen, se desató con saña revolucionaria contra la Iglesia; pero nunca defendió ni estimó necesaria una revolución política que estableciera sobre las ruinas del trono el poder de la democracia. En algunos de sus escritos, con especialidad en el *Diccionario filosófico*, apunta algunas ideas políticas; condena la diversidad y multiplicidad de leyes locales y costumbres heterogéneas vigentes en Francia, se mofa alguna vez de los títulos honoríficos y de las grandezas mal llevadas; pero, á pesar de haber examinado por extenso las ventajas é inconvenientes de cada forma de gobierno, en ningún lado se muestra campeón de las doctrinas democráticas. Abundan en sus obras adulaciones rastreras á la monarquía; pero lo más que dice en favor de la democracia es que el gobierno democrático es por naturaleza templado y humano, pero que únicamente conviene y es aplicable á los Estados pequeños. En cambio, aquel hombre, que aparece tan apasionado admirador del despotismo real, en su historia de *El siglo de Luis XIV* decía de las clases populares: «Bueno es que el pueblo sea guiado, pero no instruido. El pueblo se parece á los bueyes, que tienen bastante con el aguijón y la ración de paja.» La frase no será democrática, pero es radical. Y si no es radical, que nos expliquen ¿por qué el radicalismo ha tomado por

gioso las doctrinas de la evolucion, las aplaude y ensalza, y quiere estrechar alianza con ellas, y tenerlas por auxiliares y amigas, por más que hasta ahora no le hayan correspondido sino con sarcasmos y desdenes. Poco le importa que se burlen de sus derechos del hombre, y echen á barato sus doctrinas del sufragio universal, y cubran del más sangriento ridículo sus teorías de la instruccion obligatoria; ve que el positivismo de la evolucion es enemigo de lo sobrenatural y de las religiones, y esto le basta y sobra para declararse decidido campeón de tales sistemas. Partido de anarquía y destruccion, consagrado nada más que á producir ruinas por medio de las revoluciones, no es la forma de gobierno lo que preocupa al radicalismo; unas veces será absolutista monárquico, como lo fué en Francia en la córte de Luis XV, y en Prusia en la de Federico II, y en Austria en la de José II, y en España en la de Carlos III; otras será monárquico constitucional ó monárquico democrático, como en nuestros tiempos; otras, por fin, será republicano. Tampoco en la libertad resume sus aspiraciones: unas veces será centralizador y creador de repúblicas unas é indivisibles, como los jacobinos de la convencion; otras será descentralizador y federal, y hasta cantonal y comunero; los cesarismos y dictaduras, las asambleas únicas y omnipotentes, ó las tiranías inominadas de turbas revoltas en sedicion, constituyen sus siste-

patriarca corifeo al que ultrajó al pueblo en términos tan brutales? No nos han dicho todavía los actuales tribunos democráticos por qué veneran tanto la memoria del que así escupió á la frente de la democracia. Pero cualquiera lo adivina: es porque Voltaire, que no era demócrata, sí era radical.

Otro tanto que de Voltaire puede decirse de los demás escritores de la enciclopedia. El radicalismo estaba encarnado en ellos; pero ninguno pensaba en sustituir el poder real con un gobierno de democracia pura, que quitara y pusiera reyes segun los sucesos populares manifestados por el sufragio universal. Rarísimos fueron los escritores antimonárquicos de la primera generacion de la secta filosófica, y entre ellos sólo uno de verdadera importancia, Rousseau. Verdad es que este sofista ejerció influencia inmensa en el rumbo que tomó la revolucion: él es padre verdadero de la moderna democracia revolucionaria; en el *Contrato social* ha recogido la revolucion los apogemas de su credo político. Pero el radicalismo ha tenido siempre en más estima á Voltaire que á Rousseau. Con un mes de diferencia se cumplan en el año pasado de 1878 el primer centenario de la muerte de Voltaire y el de J. J. Rousseau; pero el radicalismo, que imitó el primer centenario de la muerte de Voltaire como no lo ha recibido nunca Mahoma de sus creyentes, dejó pasar el 3 de Julio, sin tributar apenas un recuerdo al democrático y sentimental tribuno de Ginebra. No cabe dudar que el *Enciclopedia* y el *Contrato social* han sido los dos libros que la revolucion ha tenido por texto sagrado. De la fusion de la doctrina de ambos libros se hizo el conocido lema jacobino «ahorquemos al último rey con las tripas del último fraile»; pero áun en este mismo lema se descubre qué pasión era la que bullia más enérgica en el pecho de un radical de la convencion. Rousseau inspiraba los odios contra el rey; Voltaire los odios contra el fraile.

mas predilectos de gobierno. Su pesadilla, y el objeto verdadero y principal de sus furores, es la Iglesia, que, superior á las tormentas sociales y á la accion de las revoluciones, permanece indestructible, mientras todo á su alrededor se desquicia y muere arrebatado por el huracan. Hace más de un siglo que forcejea en vano para despedazar á su invencible enemiga; pero cada vez que cree tenerla vencida, y se ha imaginado ahogarla con las garras de la fúria revolucionaria, y se dispone á celebrar sus funerales con orgías de despotismo y anarquía, la mística esposa de Cristo sacude la opresion de la Ménade delirante, y al fin de cada persecucion surge más pujante y enérgica. Así como en las peripecias de la gran lucha entre el protestantismo y el catolicismo se resume toda la historia del siglo XVI y de la primera mitad del XVII, así tambien en el gran duelo entre el catolicismo y el radicalismo, como representante éste el más genuino del liberalismo, se resume la historia de la segunda mitad del siglo XVIII y de todo el presente siglo. En el fondo de todos los grandes acontecimientos de la Europa contemporánea aparecen siempre los dos campeones luchando sin trégua ni descanso.

Esta lucha implacable entre los dos adversarios irreconciliables no puede terminar sino con la muerte y total desaparicion de uno de ellos. Mas como la Iglesia, lejos de perder su fuerza y vitalidad, la aumenta y centuplica con cada embate revolucionario, de dia en dia se exaltan con frenesí mayor las iras del radicalismo, enfurecido por la impotencia de sus esfuerzos para derribar á su indestructible enemiga; y desatinadas sus pasiones por los furores de la contienda, no perdona medio, por reprobado y perverso, ni rehuye las alianzas más vergonzosas, ni retrocede ante ninguna inconsecuencia y apostasía, ni se avergüenza de las torpezas y villanías mayores, con tal de asegurarse el triunfo. Vociferador de libertad, contraerá alianza con escuelas filosóficas que sustentan el fatalismo. Pregon del deísmo como único culto que legítimamente pueda profesar el Estado, acogerá con frenesí las doctrinas del materialismo más obscuro. Tribuno de las libertades democráticas, proclamará la superior sabiduría y ventajas indecibles del despotismo monárquico cuando éste se emplee en destruir comunidades religiosas, expulsar jesuitas, hacer uso inmoral de regalías y tener discordias con el papa; y proclamará luego, por el

contrario, la república como única forma legítima del gobierno, la democracia como único poder legítimo en el Estado, y los derechos absolutos, imprescriptibles, ilegislables, y el derecho inviolable y absoluto de asociarse para todos los fines de la vida, cuando prevé que con ello se va á enturbiar el Estado, y se presentará ocasión propicia de desbaratar las asociaciones que cuidan del fin religioso de la vida, y perseguir y expulsar á los asociados, y de incautarse de los bienes de la Iglesia, y de promover cismas por medio de las regalías. Vocinglero de las libertades de enseñanza, pedirá, en fin, el monopolio del Estado, y la instrucción laica y obligatoria, cuando se haya apoderado de los centros de enseñanza. Y al proceder así el radicalismo obra conforme á su naturaleza, que es por esencia revolucionaria, y nada más que revolucionaria y antireligiosa.

Podemos lamentarnos, por tanto, de la torpe impudencia que se revela en ser maestro de materialismo en las escuelas, y tribuno de los derechos del hombre en las luchas de la política; podemos condenar con nuestra reprobación más severa la obscena hipocresía que se descubre al oír vociferar en la plaza pública la palabra libertad por quien la ha negado en la cátedra y suprimido del orden científico. Sean amigos ó adversarios, es nuestro derecho exigir, antes que nada, sinceridad y buena fé en los hombres, y reclamar de ellos, só pena de despreciarlos y tenerlos por viles, el que no pronuncien palabra alguna los lábios que no sienta primero el corazón. Pero no nos debe extrañar que el radicalismo aplauda á Darwin, Haeckel, Herbert Spencer y demás maestros de la moderna evolución, como aplaude á Littré, Feuerbach, Moleschott, etc., porque el radicalismo, reconozca ó no sus verdaderos propósitos, no es partido que pugna por ninguna idea de libertad, sino partido, lo repetimos, exclusivamente revolucionario y antireligioso, libertinista ó liberticida. Verdad que se dice liberal; pero es por lo mismo que nada tiene de ello. En cuestiones de Estado de la mayor importancia no llamar las cosas por su nombre, y disfrazarlas, á poder ser, con el mote que les sea más opuesto.

El radicalismo lo ha comprendido así; pero á fuerza de obrar tiranía proclamando libertades, ha conseguido que *liberal*, *liberalismo* y otras palabras parecidas, muy traídas y llevadas en las lu-

chas de la política, ya no signifiquen en nuestra lengua más que una antífrasis ¹.

Explicado queda el motivo del tierno amor que profesa á las doctrinas del darwinismo el partido que ahora usurpa el nombre de la democracia. Aunque discrepen en todo lo demás, están unidos en iras y pasiones anticristianas, y esto le basta al radicalismo para perdonar agravios, y tratar como hermana á la escuela científica que le prodiga los más despreciativos sarcasmos. Entregamos al juicio del lector el averiguar si están guardadas las formas del decoro en esta alianza del liberalismo más avanzado con las escuelas filosóficas que, no sólo sustentan en política los principios más opuestos, sino que cubren á la democracia de la más sangrienta irrisión.

¹ Una de nuestras ciudades meridionales que más se distinguen por su ingenio y sabrosismo, y que en la época actual parece tener más que ninguna otra aquella virtud generadora de producir voces nuevas cuando lo exige la necesidad (sirvan de ejemplo *cura, fufa, gansa, camelo*), ha sido también la inventora de la palabra *liberalismo*. En la época memorable en que allí se reunieron las Cortes para dar á luz la primera constitución que con su art. 6.º nos iba á hacer «á todos los españoles justos y benéficos y amantes de la patria», el público, tan alegre como ruidoso, que frecuentaba la tribuna del inolvidable congreso, al ver, sin duda, el modo expedito y espléndido que tenían aquellos ilustres varones de obviar á las mayores dificultades de circunstancias tan críticas, y resolver los más complejos problemas del gobierno y reconstitución de la patria, y ejecutar las más trascendentales reformas con sólo apellidar libertad, y mostrarse singularmente desprendidos y dadiñosos de la herencia constitucional de las instituciones patrias, empezó á llamar *liberal* á los partidarios de este sistema, y *liberalismo* á la enfermedad. El calificativo era gráfico y feliz, y dió al instante la vuelta al mundo, tomando en todos los pueblos cartas de nacionalidad.

No sucedió así con el calificativo *servil*, que se aplicó al campo opuesto, porque no era mote tan gráfico como el de liberal. Abundaban, en efecto, en los dos campos los serviles: serviles los unos, porque adulaban al rey, extendiendo el poder real y sublimándolo más de lo que la razón y el derecho piden y consentían las veneradas tradiciones de la patria; serviles los otros, porque lisonjaban rastroso las pasiones populares y declamaban liberalismo nada más que por sentir nombre de patriotas ante la multitud que los escuchaba, y á quien ellos mismos trataban de engañar. Lo mismo digo del epíteto *exaltado*; desapareció, porque unos y otros eran exaltados. Por no ser, pues, bastante gráfico como denominación de un partido, cayó en desuso el mote *servil*, como el de apostólico, etc., y más tarde el de ayacucho, etc.; pero quedó el de liberal.

En torno de los honrados pero cándidos héroes que elaboraron la teoría político-constitucional de 1812, liberal pudo significar amante platónico, generoso é iluso de la libertad. De entonces acá, la palabra, á no dudar, ha cambiado de significación. Desaparecieron los héroes cándidos, porque es ley de nuestra condición que las generaciones de ilusos engendren siempre generaciones de desengañados. Pero los desengañados, que obran como si no lo estuvieran y continúan diciéndose liberales, han hecho ahora al antiguo mote todavía más gráfico; si, en el lenguaje político, liberal no significa ya lo que en tiempo de Cervantes, ni lo que en tiempos de los honrados é ilusos políticos niños de 1812, constituye ahora, en cambio, una de las más ricas y castizas antífrasis de nuestra lengua; y la sabiduría de nuestro profundo idioma, que muchas veces gusta llamar las cosas por lo que no son, conserva con el mayor acierto el mote liberal, para hacer con él la misma figura retórica que cuando llama pelon al que no tiene pelo, y rabon al animal que perdió el rabo.

Á sus tendencias anticristianas debe, pues, el darwinismo los aplausos que le tributan los tribunos democráticos y la popularidad que goza entre los contemporáneos. Esta última circunstancia ha sido causa que nos detuviéramos en su estudio más de lo que se merece, y quizás más de lo que debiéramos. Pero si de él hemos tratado con preferencia á cualquier otro es porque, impugnado el darwinismo, quedan impugnadas las demás escuelas que con él se enlazan. Entre todos los sistemas evolucionistas que ahora prevalecen en el órden científico, el darwinismo es, en efecto, la personificación más acabada y completa del positivismo y naturalismo contemporáneo, y es también, á no dudar, el sistema que reúne mayor número de adeptos. Se ha hecho en el día doctrina de moda, y priva en los libros y en la cátedra. Se ríen los sábios de la Biblia porque no está conforme con la hipótesis de Darwin; profieren blasfemias contra la Iglesia y claman superstición porque, sin embargo de lo que dicen Darwin, Haeckel, Spencer, Littré, etc., condena el naturalismo y mantiene el dogma de lo sobrenatural. En cambio, reciben como artículo de fé las más raras demostraciones que vengan á descubrir otro inesperado abuelo del hombre entre la clase de los animales ó de los hongos. *Philosophi credula gens*, decía Séneca, y calificaba á maravilla todas esas genecillas del saber, que se creen unas á otras con admirable ingenuidad. Si Lamark, Darwin ó Haeckel, les dicen que han tenido abuelos vertebrados é invertebrados, y que el llamado Adán debió tener largo el pié y parecido á la mano, ronco el gáznate, prominente la mandíbula, contestarán los sapientísimos doctores: «Nada vemos en ello que no sea probabilísimo». En cambio les parecerá pedante y cuajado de ignorancia y superstición el sencillo texto de Moisés: «Dijo Dios que la luz sea, y la luz fué», etc. Será ingeniosa, profunda, sapientísima, la teoría que descubre el primer boceto del tipo humano, lo mismo en el huevo que en la castaña; pero para que produzca en nosotros convencimiento se necesita, á la verdad, todavía más fé que ciencia, y difícil es llegue á tanto la fé de las generaciones futuras. Involuntariamente ha de cruzar siempre por nuestros lábios sonrisa incrédula al ver en los mapas demostrativos que presenta la escuela señalado el Paraíso en el fondo del Océano Indico con un punto de interrogación¹. ¿Con qué

¹ Véase el mapa publicado por HAECKEL al fin de su *Historia de la creación natural*.

traza han descubierto que por allí abajo debió existir el paraíso? No nos lo han querido decir; pero cuando el maestro lo afirma, preciso es que sea verdad, y no cabe dudar que debió ver las cosas muy de cerca, y considerarlas, por lo ménos, como muy probables, antes de atreverse con la grave responsabilidad de colocar un punto de interrogación nada ménos que en medio del mar de las Indias. A nosotros los profanos no nos toca sino reconocer que tiene gracia la hipótesis, y que nunca mejor ni con más picardía que aquí estuvo empleado el signo escéptico de la interrogación.

Por este estilo son, sin embargo, todas las revelaciones y descubrimientos admirables con que estas escuelas han venido á enriquecer la ciencia moderna. Posible que, así como los alquimistas, buscando el precioso metal en crisoles y reactivos, tropezaron al cabo con la química, los naturalistas de ahora, corriendo en busca del mono parlante ó del hombre con cola, consigan insignes adelantamientos para su ciencia, y hasta lleguen á encontrar al fin el *homunculo* espontáneo, que algunos alquimistas de la Edad Media consiguieron tener medio formado en sus redomas con la mixtura de tres ó cuatro simples. Así lo deseamos todos; pero miedo tengo que de este revuelto caos en que hoy se mueve la investigación científica no resulte nada bueno. De todos modos, sin ser profeta, se les puede asegurar que, estudiando monos y protoplasmas, disecando hormigas y elefantes, é inventando animales fantásticos, no se adquiere gran experiencia en materia teológica, ni se harán nunca moralistas notables, ni políticos profundos. Si en esto han de adquirir algun saber, preciso es que prescindan de lemures, antropoides, protozoos, protófitos y protistas, y estudien mejor al hombre moral y observen lo que pasa en las sociedades humanas.

Tiene gracia el título que el inventor ha dado á esta lámina. La intituló: «Bosquejo hipotético del origen monofilético y de la distribución de las doce razas humanas en la tierra, tomando por punto de partida el tronco lemuriario».

